

Gobernador. Hoy solar cimero que sirve de terraza, con vistas diminutas de Ibiza en días claros y, siempre, de panorámicas enseñoradoras del entorno.

Un pequeño museo arqueológico, de nueva planta en rectángulo, completa las amenidades que regala el lento y alegre paseo en trenecillo eléctrico; que sube a jubilados, niños y turistas hasta la parte más alta.

De los restos musulmanes que conserva, identificadores tan arrasados en estas nuestras tierras valencianas, vale la pena el arco de herradura del acceso principal y la puerta alta de Poniente; con arqueamiento de aproximación de pequeñas y escalonadas hiladas, al estilo propio de los almohades.

15- CASTILLO Y MURALLAS DE ALICANTE.

Por su compleja estructura a lo largo del lomo inclinado del monte Benacantil, sus tramos de restaurada muralla urbana, sus dos salas del cuerpo de guardia, el impresionante edificio cuartel "de Felipe II", el ascensor-mina, la colección de grafitis grabados en las losas de las posiciones cañoneras (por soldados y presos) y las estupendas vistas sobre la ciudad, el puerto y el mar.

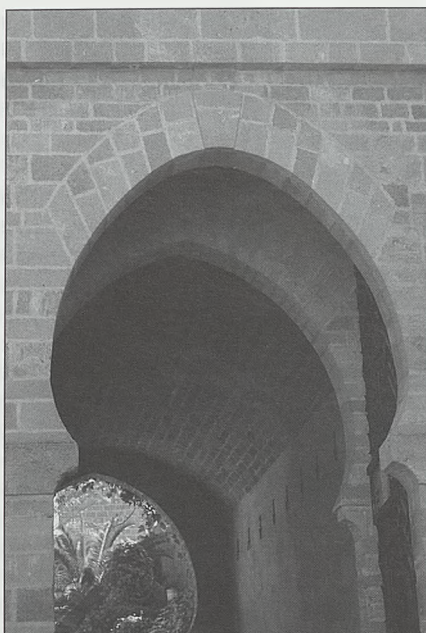
El monte Benacantil y su silueta, al sur, del rostro del moro que da lugar a una leyenda conforman una unidad con la ciudad de Alicante; que habita a sus pies, entre el roquedal y el mar.

Es, pues, un punto salvador, avistador ypreciado; ya desde antiguo. Con núcleo ocupacional que se iniciará en la cima acantilada, se recolonizará musulmán y luego cristiano-medieval y acabará bajando, ladera abajo, mientras crea nuevas instalaciones y acaba convertido en un magnífico baluarte artillado.

El diseño funcional de su parte norte o inicial, se adorna con patio de carruajes a la entrada y se sigue con plazas de baterías bajas antes de encararse a la principal puerta fuerte; que, no en balda, acoge el edificio del gobernador a la siniestra y las dos naves paralelas del cuerpo de guardia, a la diestra.

Luego viene el patio primero, principal, sobre el gran aljibe con brocal a la vista y enfrentado al gran recinto cuartelero llamado "de Felipe II". Magnífica obra cobijadora, en forma de "ele", de gruesos pilares y de ideal uso para refrescantes recepciones nocturnas por parte de las autoridades alicantinas.

A su lado de poniente quedan los rastros de la iglesia, mientras que al de levante se abre una nueva posición cañonera, ahora con chiringuito de bebidas y pinos con mesas, que merece una especial atención por sus petrogrifos o grabaciones en la piedra. Pues en sus posiciones de disparo abaluartadas, las losas graníticas grises guardan el trabajo rotulador (con nombres y fechas) de soldados de



Castillo de Denia

guarnición y de presos de la Guerra Civil de 1936-39.

Una cuesta sigue en busca del superior recinto medieval y, antes, para en el espacio de la tahona; que expone muelas de prensar, permitiéndonos suponer la logística castellana del alimento y el almacenaje; de lo que, por su fácil desmantelamiento, tan pocos restos suelen quedar en el interior de las fortificaciones.

Por fin, el foso y la muralla de lado a lado del monte. Detrás, la parte más preciada de la fortaleza; a la que hay que acceder por puente y ante casetón gótico vigilador, de doble nivel.

Entrando en este patio superior, no queda duda de su alicantinidad al salirnos al encuentro la imagen mural de La Santa Faz; así como escaleras que bajan o rampas que suben a posiciones abaluartadas, el edificio de los ingenieros, los testimonios de la guerra de minas y contraminas voladoras (cuevas horadadas por los zapadores) y las más frívolas instalaciones del barecillo de refrescos y del ascensor turístico que baja directamente a la playa.

El bloque final, irreconocible si se compara con dibujos históricos, es hoy una gran terraza mirador. Se llega a él por otro puente sobre fosillo, tras pasar junto a puertas cerradas que "anuncian" salas cuarteleras subterráneas.

Como premio final, un ramillete de antenas de telefonía y retransmisión; al que se le ha colgado el detalle colorista de la bandera española. Unos pocos cañones sobre los que hacerse la foto que toca. Una garita de guardia que desafía el abismo. Y una vista espléndida.

Cabría aquí recordar, un instante, a las miles de moriscos expulsados de tierras valencianas hace cuatro siglos (en 1609) que se amontonaron -a la espera- en la playa embarcadero.

Pero, también, que la Junta de Defensa valenciana creada en la Guerra de la Independencia y retirada a estos cuarteles jamás cayó en manos de las tropas napoleónicas -pese a las batallas libradas en la vecina Hoya de Castalla- y pese al temor local, que obligó a la construcción popular del cercano e inútil fortín de San Fernando.



Castillo de Alicante